

*Entre Karl Marx y Max Weber. Logros y retos de la historia social alemana**

Ludger Mees**

Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
ludger.mees@ehu.eus

Resumen: Desde los tiempos de Humboldt y Ranke, Alemania ha sido un país central para la evolución de la historiografía europea. En la segunda mitad del siglo XX, y liderada por la nueva Escuela de Bielefeld, la historiografía alemana abandonó su fijación historicista para desplegar una nueva agenda docente e investigadora centrada en el desarrollo de la sociedad contemporánea. El artículo analiza el auge de esta corriente historiográfica, pronto convertida en un nuevo paradigma, su propuesta innovadora, así como los retos epistemológicos articulados a partir de los años noventa al socaire del *cultural turn*.

Palabras clave: historiografía, historia social, historia cultural, Alemania, siglo XX.

Abstract: Since Humboldt and Ranke, Germany has been central to the evolution of European historiography. Throughout the second half of the twentieth century, and led by the «Bielefeld School», German historiography abandoned its historicist approach in order to develop a new teaching and research agenda. The priority was a focus on the evolution of contemporary society. The article analyzes the rise of this historiographic school, which has achieved the status of a new para-

* Este artículo forma parte del proyecto de investigación subvencionado por el Ministerio de Ciencia e Innovación PID 2022-138385NB-I00, en el marco de un grupo de investigación de la Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea (ref. GIU 20/002).

** Agradezco a Hans-Jürgen Puhle, Santiago de Pablo y José Luis de la Granja sus comentarios y sugerencias a una primera versión de este artículo.

digm. It examines its innovative proposals as well as the epistemological challenges presented by the *cultural turn* of the 1990s.

Keywords: Historiography, Social History, Cultural History, Germany, Twentieth Century.

Al comienzo hubo un nombre

Thomas Nipperdey, un reputado historiador de la Universidad de Múnich y uno de los críticos más lúcidos de la nueva historia social alemana, inició su ambiciosa *Historia Alemana* del siglo XIX con la frase «Al comienzo estuvo Napoleón». Pocos años después, sin mencionarlo, Hans-Ulrich Wehler, uno de los principales protagonistas de lo que sería la Escuela de Bielefeld, le contestó a Nipperdey con esta frase inaugural de su monumental *Historia de la sociedad alemana*: «Al comienzo no hubo una revolución». El mensaje programático era claro: la historia no la hacen los grandes personajes, sino los procesos colectivos¹. Paradójicamente, si buscáramos describir los inicios de la nueva historia social alemana en una frase tajante del estilo Nipperdey o Wehler, difícilmente se podrá evitar el personalismo individualista, muy en la línea con el clásico historicismo decimonónico germánico a lo Ranke o Treitschke. Y es que en los inicios de la nueva historia social alemana hubo un nombre: el de Adolf Hitler. Tanto aquellos pocos iniciadores de la nueva historia social que todavía habían vivido la traumática experiencia de la guerra como aquellos nacidos durante la guerra o poco después compartían la ansiedad por buscar una explicación a esa funesta época de la historia alemana. Por encima de las diferencias entre ellos (no hubo inicialmente ninguna mujer), lo que les unía era «la explicación de las longevas condiciones sociales de esa ruptura de la civilización alemana»².

¹ Thomas NIPPERDEY: *Deutsche Geschichte 1800-1866. Bürgerwelt und starker Staat*, Múnich, Beck, 1983, p. 11, y Hans-Ulrich WEHLER: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 1, 1700-1815, Múnich, Beck, 1987, p. 35.

² Hans-Ulrich WEHLER: *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts. 1945-2000*, Essen, Wallstein, 2001, p. 54, y Bettina HITZER y Thomas WELSKOPP: «Einleitung der Herausgeber. Die "Bielefelder Schule" der westdeutschen Sozialgeschichte. Karriere eines geplanten Paradigmas?», en Bettina HITZER y Thomas WELSKOPP (eds.): *Die Bielefelder Sozialgeschichte. Klassische Texte zu einem geschichtswissenschaftlichen Programm und seinen Kontroversen*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2010, pp. 13-32, esp. p. 15.

Esta inquietud no era nueva. Acabada la guerra, la losa del pasado incomprendido pesó tanto sobre las espaldas de los historiadores que no tardaron en reflexionar sobre lo que había ocurrido y salir a la palestra con sus tesis. Por eso conviene matizar la habitual idea de la Alemania posterior a 1945 como una sociedad de silencio, absorbida por las tareas de reconstrucción y deseosa de olvidar su oscura historia reciente. Ya en 1947, dos de los representantes más cualificados de los historiadores alemanes publicaron sendas obras dedicadas al análisis de lo que uno de ellos, Friedrich Meinecke, con ochenta y cuatro años, el Néstor de los historiadores, en el título de su libro denominó la «catástrofe alemana»³. Meinecke estaba «limpio» y había sufrido la represión nazi al ser despojado de su puesto como director de la legendaria *Historische Zeitschrift*, el órgano oficial de los historiadores alemanes fundado en 1856. Sin embargo, durante la guerra quedó fascinado, como muchos otros, por los aparentemente imparables triunfos del ejército alemán. Su punto de partida fueron las tesis que algunos historiadores anglosajones ya habían defendido durante la guerra, según las cuales la experiencia totalitaria no había sido un accidente en la trayectoria del pueblo alemán, sino una consecuencia lógica de una desviación de la evolución de Occidente al menos desde los tiempos de Lutero⁴. Meinecke rechazó esta interpretación, pero —sorprendente para un historiador conservador y muy vinculado a la tradición del historicismo clásico— hizo algunas concesiones importantes, admitiendo la provisionalidad de sus reflexiones y abogando tímidamente por la necesidad de ir explorando nuevos caminos metodológicos y conceptuales para comprender mejor el desastre del nacionalsocialismo.

Gerhard Ritter estaba predestinado a seguir a Meinecke en el liderazgo académico de los historiadores alemanes, ocupando entre 1948 y 1953 el puesto de presidente de la Federación de Historiadores Alemanes. Ritter llegó a la posguerra con una biografía que

³ Friedrich MEINECKE: *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*, en Friedrich MEINECKE: *Autobiographische Schriften*, Stuttgart, F. K. Koehler Verlag, 1969, pp. 323-445.

⁴ Rohan O'BUTLER: *The Roots of National Socialism*, Londres, E. P. Dutton & Co., 1941, y William MONTGOMERY: *From Luther to Hitler. The History of Nazi-Fascist Philosophy*, Londres, George G. Harrap & Co., 1946.

le acreditaba como opositor conservador del régimen. Tras el atentado fallido contra el *Führer* de 1944, fue encarcelado por la Gestapo. Pudo sobrevivir al terror final en la fase agónica del régimen gracias a su liberación tras la llegada del Ejército Rojo a Berlín. En 1946 publicó su *Geschichte als Bildungsmacht (Historia como fuerza educadora/aculturadora)*, una obra que completó dos años después con otra titulada *Europa y la cuestión alemana*⁵. Aunque de forma más categórica que Meinecke, Ritter rechazó una visión pesimista de la historia alemana, admitiendo sus desviaciones y lados oscuros, pero subrayando a la vez sus contribuciones a la civilización occidental. Para Ritter, la explicación desapasionada de la catástrofe no podía prescindir de un fenómeno europeo que trascendía las fronteras nacionales, al que también Meinecke había apuntado. Según Ritter, fue el proceso de la masificación de las sociedades europeas el que creó el contexto en el que podían emerger los movimientos fascistas, incluido el alemán. Debido a la atomización y despersonalización provocados por este proceso, según esta lógica, los ciudadanos se convertían en una masa anónima, atomizada y fácilmente manipulable, presa segura del populismo fascista. Esta idea enlazaba perfectamente con otra teoría que a partir de los cincuenta iba a convertirse en el modelo paradigmático de interpretación del nacionalsocialismo, a saber, la teoría del totalitarismo. Lanzada con brillantez sobre todo por Hannah Arendt, y aplicada al nacionalsocialismo con maestría por Karl Dietrich Bracher, esta propuesta metía en el mismo cajón conceptual a las dictaduras fascistas y comunistas de índole estalinista⁶. Pronto, empero, quedaría patente que, pese al indudable valor de estas publicaciones, no colmaban las expectativas de ofrecer una explicación coherente y exhaustiva del pasado reciente alemán.

⁵ Gerhard RITTER: *Geschichte als Bildungsmacht. Ein Beitrag zur historisch-politischen Neubesinnung*, Stuttgart, DVA, 1946, e id.: *Europa und die deutsche Frage. Betrachtungen über die geschichtliche Eigenart des deutschen Staatsdenkens*, Múnich, Münchner Verlag, 1948.

⁶ Entre las múltiples obras de Karl-Dietrich BRACHER, véanse, sobre todo, *Die Auflösung der Weimarer Republik. Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, Stuttgart, Ring Verlag, 1955, y *Die deutsche Diktatur. Entstehung, Struktur und Folgen des Nationalsozialismus*, Colonia, Kiepenheuer & Witsch, 1969 (ed. esp. Madrid, Alianza Editorial, 1995). Véase también Hannah ARENDT: *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1951.

No todo fue el 68: los prolegómenos de la nueva historia social

No cabe duda de que el revolcón contracultural de los movimientos de protesta a finales de la década de 1960 tuvo un enorme impacto en Alemania, tanto en la cultura política, como en el mundo académico. Uno de los resultados más notables fue, en 1969, el fin de la larga hegemonía conservadora en el gobierno tras el giro liberal en las elecciones y la formación de la primera coalición social-liberal bajo el liderazgo del canciller Willy Brandt. Sin embargo, una mirada cuidadosa a la realidad académica de estas dos décadas largas de la Alemania posbélica revela que para el alumbramiento de la nueva historia social el 68 no fue el verdadero punto de inflexión, pues se limitaba a apuntalar y consolidar ciertas tendencias innovadoras que ya se habían producido bastante antes. De ahí que, al menos en lo que se refiere a la vida universitaria, la imagen del quietismo conservador reinante en los años cincuenta y sesenta debe ser matizada. En la Alemania de los Adenauer, Erhard y Kiesinger, la Alemania volcada en la reconstrucción y encantada con su «milagro económico» («Wirtschaftswunder»), la Alemania anticomunista en el centro de la Guerra Fría, no todo fue parálisis, olvido y orgía consumista. Y si hablo tan solo de la República Federal, y no menciono a la RDA, es porque allí no llegó ningún impulso relevante para la historiografía de la RFA, a no ser que consideremos el esfuerzo por distanciarse del marxismo dogmático practicado en sus universidades como un impulso, en este caso negativo⁷.

De hecho, los primeros impulsos para buscar alternativas a la historiografía conservadora tradicional con su anclaje en el historicismo clásico y su enfoque preferencial a la historia política, de las

⁷ Christoph KLESSMANN: *Die doppelte Staatsgründung: Deutsche Geschichte 1945-1955*, Gotinga, Vandenhoeck & Rupprecht, 1997; Manfred GÖRTEMAKER: *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland: Von der Gründung bis zur Gegenwart*, Múnich, Beck 1999; Hans-Ulrich WEHLER: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 5, 1949-1990, Múnich, Beck, 2008; Dominik GEPPERT: *Die Ära Adenauer*, 3.^a ed., Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 2012; Marie-Luise RECKER: *Geschichte der Bundesrepublik Deutschland*, 3.^a ed., Múnich, Beck, 2009, y Christian HENRICH-FRANKE: *Die Geschichte der Bundesrepublik Deutschland: Von der Gründung 1949 bis zur Gegenwart*, Wiesbaden, Marix Verlag, 2019.

ideas y de las instituciones se dieron relativamente pronto⁸. Los jóvenes *disidentes* de entonces no carecieron de fuentes de inspiración. En primer lugar, cabe señalar una tradición académica que vino ya del siglo XIX cuando se estableció en las universidades alemanas una rama de las ciencias históricas conocida como «Historia social y económica» («Sozial- und Wirtschaftsgeschichte»)⁹. En 1893 apareció el primer número de su influyente revista, la *Zeitschrift für Social- und Wirtschaftsgeschichte*, en la que el pensamiento marxista tuvo cierta influencia. En 1903, la revista cambió el nombre y se convirtió en la *Vierteljahresschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, una publicación llamada a tener un impacto notable y con un largo recorrido editorial que ha llegado hasta la actualidad¹⁰.

⁸ Lutz RAPHAEL, «Bielefeld School of History», en James D. WRIGHT (ed.): *International Encyclopedia of the Social & Behavioral Sciences*, 2.^a ed., vol. II, Oxford, Oxford University Press, 2015, pp. 553-558, esp. p. 553.

⁹ Para lo que viene, véase, sobre todo, Jürgen KOCKA: *Sozialgeschichte in Deutschland seit 1945. Aufstieg - Krise - Perspektiven*, Bonn, Friedrich-Ebert-Stiftung, 2002.

¹⁰ La publicación en 1891 del primer volumen de la *Deutsche Geschichte (Historia Alemana)* por el historiador Karl Lamprecht se ha considerado a menudo como un importante antecedente de la historia social alemana. Su autor cuestionó dos elementos sagrados del historicismo clásico, a saber: el papel central otorgado al Estado y la narrativa histórica enfocada casi exclusivamente en los grandes personajes. Puesto que el libro de Lamprecht se encontraba lleno de errores e imprecisiones, manejaba una terminología ambigua y se inspiraba en confusos conceptos ligados al pensamiento romántico («Volksseele», alma nacional), sus críticos no tuvieron problemas para descalificar la obra en su totalidad que, además, era (injustamente) tildada como marxista y revolucionaria por parte de los críticos conservadores. De ahí que la influencia de Lamprecht fuera bastante limitada. Solo conoció un *revival* más tarde con el auge de la nueva historia social. Véase Roger CHICKERING: *Karl Lamprecht: A German Academic Life (1856-1915)*, Atlantic Highlands, Humanities Press, 1993. Como punto de referencia e inspiración para los protagonistas de la nueva historia social fue más importante el historiador Eckart Kehr, un *outsider* entre sus colegas de la República de Weimar, quien se había atrevido a interpretar el proceso político y las estructuras de poder no como el resultado de la implementación de ciertas ideas, sino como un reflejo de la realidad social y su constelación de fuerzas. Wehler publicó una selección de sus escritos. Su larga introducción constituye probablemente la primera, todavía inacabada, presentación del programa teórico y metodológico que más tarde caracterizaría a la Escuela de Bielefeld. Véase Eckart KEHR: *Der Primat der Innenpolitik. Gesammelte Aufsätze zur preussisch-deutschen Sozialgeschichte*, Berlín, Walter Gruyter & Co., 1965 (la «Einleitung» de Wehler en pp. 1-30).

Una segunda tradición historiográfica que se salía del *mainstream* era la llamada *Volksgeschichte* (*Historia del Pueblo*) con raíces que se remontan a la década de 1920 y que se cortaron tan solo después de la guerra en 1945. Liderada por historiadores como el austriaco Otto Brunner o los alemanes Theodor Schieder o Werner Conze, se trataba de una corriente muy crítica con la hegemónica historia política y deseosa de explorar nuevos caminos en la investigación, más centrados en los problemas del «pueblo» que en las decisiones de los grandes personajes. Desde muy pronto practicaban una interdisciplinariedad que miraba sobre todo hacia los métodos y conceptos de la geografía, la sociología y la demografía.

Pese a sus simpatías, y, en parte, a su abierta colaboración con el régimen nacionalsocialista¹¹, en la RFA de la Guerra Fría los tres pudieron hacer carrera conquistando posiciones influyentes en el sistema universitario. Bajo el liderazgo de Conze en Heidelberg, los tres participaron en 1957 en la fundación del *Arbeitskreis für moderne Sozialgeschichte* (Grupo de Trabajo para la Moderna Historia Social), un grupo informal que pronto se convertiría en el centro de atracción de muchos historiadores críticos con la predominante historia política clásica. Muchos de los futuros protagonistas de la nueva historia social se doctoraron y habilitaron con Schieder, Conze o Brunner¹². Alrededor del círculo de Heidelberg también

¹¹ Los tres líderes de la *Volksgeschichte* compartían sin complejos el antisemitismo del régimen. Probablemente el caso de colaboración más polémico fue un memorando escrito por Theodor Schieder en 1939, tras la ocupación de Polonia, en el que propuso a los responsables del partido una radical «desjudificación» («Entjudung») de los territorios recuperados. Pese al debate que generó el hallazgo de este memorando en 1992, no cabe duda de la co-responsabilidad intelectual de Schieder en el holocausto. Para la implicación de los historiadores alemanes en la política del nacionalsocialismo, véase Ingo HAAR: *Historiker im Nationalsozialismus. Deutsche Geschichtswissenschaft und der «Volkstumskampf» im Osten*, Göttingen, Vandenhoeck & Rupprecht, 2000. En castellano se puede consultar la «Presentación» de Jesús MILLÁN en Jürgen KOCKA: *Historia social y conciencia histórica*, Madrid, Marcial Pons, 2002, pp. 11-40.

¹² Desde la distancia puede resultar sorprendente que el pasado nacionalsocialista de estos tres grandes maestros no mermara la atracción que sus personalidades y su trabajo generaba entre los futuros líderes de la nueva historia social cuyo *leitmotiv* compartido, como hemos dicho, fue la revisión crítica de la historia del fascismo alemán. Hans-Ulrich WEHLER: *Eine lebhaftige Kampfsituation. Ein Gespräch mit Manfred Hettling und Cornelius Torp*, Múnich, Beck, 2006, pp. 57 y s. Jürgen Kocka, otro de los *padres* de la Escuela de Bielefeld, reconoce incluso para el pe-

se fraguó la colaboración de Conze y Brunner con Reinhard Koseleck, más tarde miembro de la Escuela de Bielefeld, aunque desde una cierta distancia, y fundador de la influyente Historia de los Conceptos (*Begriffsgeschichte*).

En tercer lugar, cabe mencionar la influencia de la historia del movimiento obrero, que desde sus inicios y por la selección de su objeto de estudio siempre tuvo una connotación de «historia de oposición», a menudo bajo influencia marxista. Uno de sus primeros centros neurálgicos estaba ubicado en Holanda, donde en 1935 se fundó el Instituut voor Sociale Geschiedenis (Ámsterdam), que tuvo un papel importante en la salvaguarda del legado documental de Marx y Engels tras la llegada de los nazis al poder¹³. En Alemania esta tendencia cuajó tan solo después de la guerra, cuando el historiador socialdemócrata Georg Eckert presentó una serie de publicaciones sobre la vida obrera durante los diferentes periodos de la industrialización. Su aportación más influyente llegó en 1961, cuando inició la publicación de la revista *Archiv für Sozialgeschichte* (*AfS*) bajo los auspicios de la fundación del Partido Socialdemócrata (Friedrich-Ebert Stiftung). También el *AfS* ha llegado hasta la actualidad¹⁴.

Finalmente, en esta búsqueda de los prolegómenos de la nueva historia social, destaca la función facilitadora e impulsora desempeñada por la Universidad Libre de Berlín. Fundada en 1948 como fruto de una iniciativa estudiantil, apoyada por los americanos, en el sector occidental de la ciudad, desde sus inicios era concebida como un ejemplo potente y atractivo de un centro de investigación y de enseñanza superior en el mundo libre, en un momento histórico en que a pocos kilómetros de distancia el sistema comunista

riodo del nacionalsocialismo «aportaciones científicas relevantes en el ámbito de lo que más tarde se llamaría la historia social» de estos historiadores, aportaciones que convivían con una «orientación política extremadamente problemática». Jürgen KOCKA: *Sozialgeschichte in Deutschland...*, p. 8.

¹³ El Instituto adquirió los fondos y, antes de que las tropas alemanas ocupasen Holanda, logró enviarlos a Inglaterra, donde permanecieron bajo la custodia de un historiador en Oxford. Richard SPERL: «Zur Editionsgeschichte des literarischen Nachlasses von Karl Marx und Friedrich Engels», *Marx200*, s. n. (2016), pp. 1-50, esp. pp. 22-23.

¹⁴ Dieter DOWE et al. (coords.): *Georg Eckert. Grenzgänger zwischen Wissenschaft und Politik*, Göttingen, Vandenhoeck & Rupprecht, 2017.

ya había comenzado a asfixiar y controlar las universidades. Todos los testimonios coinciden en resaltar las estructuras excepcionalmente democráticas y poco jerarquizadas de la nueva universidad, junto con una clara apuesta por el trabajo interdisciplinar, lo que permitía que en las ciencias sociales en general y en la historia en particular pudieran aflorar ideas, experimentos y planteamientos metodológicos más allá del *mainstream*¹⁵. Probablemente más importante aún que el clima democrático e innovador resultaba el hecho de que la Universidad Libre realizara un gran esfuerzo por recuperar algunas de las mentes científicas más distinguidas que habían tenido que huir al exilio —sobre todo norteamericano— ante el terror nacionalsocialista. Entre ellas figuraba en primer lugar el historiador de ascendencia judía Hans Rosenberg, un discípulo de Meinecke que ya se había acercado en los años veinte y treinta a la historia social y económica. En Estados Unidos había perfeccionado su bagaje metodológico y conceptual gracias al estrecho contacto con varios científicos sociales, destacando entre ellos el sociólogo Reinhard Bendix. Como otros científicos en el exilio, Rosenberg pronto empezó a reflexionar, desde el prisma de la historia comparada, sobre las particularidades de la historia alemana que habían facilitado el triunfo de Hitler y su movimiento. En 1949 y 1950 enseñó como profesor visitante en Berlín, donde después realizó múltiples estancias. Tuvo una enorme influencia sobre algunos de los más veteranos de la futura nueva historia social alemana, destacando sobre todo Gerhard A. Ritter, uno de los historiadores alemanes más relevantes en el ámbito de la historia de la clase y del movimiento obrero, así como de su cultura¹⁶. El impacto de Rosenberg llegó a través de su docencia, pero también por la vía de sus

¹⁵ Así lo describe el historiador y politólogo Hans-Jürgen Puhle, uno de los protagonistas de la Escuela de Bielefeld, recordando sus tiempos de estudiante en la Universidad Libre de Berlín. Abdón MATEOS: «La ciencia política histórica. Historiador de Alemania y politólogo en el mundo: conversación con Hans-Jürgen Puhle», *Historia del Presente*, 24 (2014), pp. 93-100, esp. p. 94.

¹⁶ No debe ser confundido con el ya mencionado Gerhard Ritter. Sobre Gerhard A. Ritter, véase Jürgen KOCKA: «Wissenschaftliche Nachrichten. Behutsamer Erneuerer. Gerhard A. Ritter und die Sozialgeschichte in der Bundesrepublik», *Geschichte und Gesellschaft*, 42 (2016), pp. 669-648, y Hans-Jürgen PUHLE: *Gerhard A. Ritter und der Aufbau der Sozialgeschichte als neuer Forschungsrichtung in der Historiographie* (manuscrito).

publicaciones. Su libro probablemente más influyente lo publicó en 1967 con el título de la *Gran Depresión y el tiempo de Bismarck*¹⁷. De ahí que esté en lo cierto Jürgen Kocka cuando sostiene que Rosenberg llegó a ser «el mentor más importante de la historia social» en la RFA y que, por su influencia, hubo en Berlín ya «alrededor de 1950 espacios y estímulos para hacer historia social»¹⁸.

Los años dorados: desde el exotismo hacia la saturación institucional

Por lo tanto, ya desde finales de los años cuarenta había suficientes «estímulos» para que una nueva generación de historiadores se animara a «reescribir» la historia. Según Reinhart Koselleck, existen tres tipos diferentes de historiografía: la que se centra en «fijar por escrito» el pasado («Aufschreiben»), la que continúa escribiendo un relato ya existente («Fortschreiben») y la que pretende «reescribir» el pasado («Umschreiben») promoviendo interpretaciones de la historia que previamente tan solo habían sido aceptados por círculos muy minoritarios. Para que estas nuevas propuestas se impongan con éxito deben coincidir con determinadas experiencias de la gente. Por decirlo de otra manera: propuestas historiográficas innovadoras necesitan la experiencia o el deseo social del cambio si quieren salir de su marginación epistemológica¹⁹. Los iniciadores de la nueva historia social pronto encontra-

¹⁷ Hans ROSENBERG: *Große Depression und Bismarckzeit. Wirtschaftsablauf, Gesellschaft und Politik in Mitteleuropa*, Berlín, De Gruyter, 1967.

¹⁸ Jürgen KOCKA: «Wissenschaftliche Nachrichten...», pp. 671 y 674. Sobre la importancia de Berlín como primer centro neurálgico de la incipiente historia social, véase Jürgen KOCKA: «Wandlungen der Sozial- und Gesellschaftsgeschichte am Beispiel Berlins 1949-2005», *Geschichte und Gesellschaft*, 22 (2006), pp. 11-31. También Roger FLETCHER: «Recent Developments in West German Historiography: the Bielefeld School and Its Critics», *German Studies Review*, 3 (1984), pp. 451-480, el papel destacado de Rosenberg esp. p. 457.

¹⁹ Dieter LANGEWIESCHE: «Über das Umschreiben der Geschichte. Zur Rolle der Sozialgeschichte», *Geschichte und Gesellschaft. Sonderheft*, 22 (2006), pp. 67-80. Sobre Koselleck y su obra se puede consultar en castellano del mismo autor el texto de una conferencia traducida y titulada «El historiador y su obra: futuro pasado, de Reinhart Koselleck» en *Pasado y Memoria. Revista de Historia*, 14 (2015), pp. 281-297.

ron ese contexto favorable para sus tesis. Como ya se ha indicado antes, durante la década de 1960 la RFA entró en una coyuntura de transformación, generada tanto por las altas tasas de crecimiento económico como por las ansias de la nueva generación posbélica de enfrentarse al oscuro pasado de sus padres. Los llamados «Juicios de Auschwitz», en los que a lo largo de la década de 1960 aparecieron con gran impacto mediático nuevos datos espeluznantes sobre los crímenes cometidos por el régimen nazi y sus ejecutores, no hicieron más que aumentar el deseo de acercarse a la historia reciente desde una perspectiva crítica. Para la nueva historia social, las consecuencias fueron importantes: «La historia social tuvo éxito en una época en la que había un “boom” de crítica de la tradición. Entonces se estudiaba historia para poder aprender y para liberarse de ella, pero no para identificarse con ella»²⁰.

Cabe añadir otra circunstancia particular que favoreció el auge de la nueva historia social. Una vez acabada la dura etapa de la reconstrucción, la economía entró en una larga fase de crecimiento acelerado que generaba nuevos recursos para políticas públicas activas. Una de las necesidades más apremiantes consistía en responder a la creciente demanda de plazas universitarias para la nueva generación de alemanes, entre los que aumentaba el número de los que preferían optar por una carrera universitaria. Los gobiernos reaccionaban con inversiones multimillonarias, que apenas encontraban paragón en el resto de los países europeos, destinadas a la creación de nuevas universidades. El resultado fue un total de veinticuatro nuevas universidades durante las décadas de 1960 y 1970. Si en 1960 hubo un total de 247.000 estudiantes universitarios en la RFA, en 1990 esta cifra alcanzaba los 1,7 millones. La cuota de mujeres subió del 27 al 41 por 100 en este último año. Con las nuevas universidades y el aumento del número de estudiantes hubo que dotar nuevas plazas para el personal universitario. Tan solo entre 1960 y 1968 el número de cátedras subió en un 63 por 100, y la del personal docente e investigador de los escalafones inferiores se incrementó en un 126 por 100: «Era una época dorada para carreras académicas»²¹. Una de estas nuevas universidades fue la de Bielefeld en el Estado de Renania del Norte-

²⁰ Jürgen KOCKA: *Sozialgeschichte in Deutschland...*, p. 18.

²¹ Hans-Ulrich WEHLER: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte...*, pp. 380 y ss.

Westfalia. Desde el principio, la universidad fue concebida como una universidad «reformista» («Reformuniversität»), llamada a abrir nuevos caminos en la investigación y la docencia. El gobierno socialdemócrata del Land era consciente de que este objetivo no era realista sin una importante dotación económica. Hasta bien entrada la década de 1980, esta pequeña universidad pudo trabajar en unas condiciones realmente envidiables²². Estas circunstancias favorables no fueron ajenas al hecho de que, en pocos años, Bielefeld se iba a convertir en el centro neurálgico de una nueva manera de entender y practicar la historia.

También en el ámbito intelectual, el terreno estaba ya preparado para las propuestas revisionistas. En 1961, Fritz Fischer, catedrático de historia en la Universidad de Hamburgo, había publicado un libro que rompió los tabúes de la historiografía tradicional —aunque metodológicamente el libro estuviera todavía muy anclado en la clásica historia política— y que provocó una agria polémica²³. La importancia del debate Fischer radicó sobre todo en generar un ambiente intelectual que favorecía la búsqueda de nuevas aproximaciones a la historia, una búsqueda ya no encorsetada por convenciones tradicionales y mecanismos de auto-censura. Formados por unos maestros abiertos y poco ortodoxos, e impulsados por un contexto político y cultural proclive a la innovación, los protagonistas de lo que pronto se conocería como la Escuela de Bielefeld se preparaban para aparecer en el escenario.

El primero en llegar para ocupar una cátedra en historia fue Hans-Ulrich Wehler (1971), quien, hasta su fallecimiento en 2014, probablemente fue el académico que «más que ningún otro ha moldeado la historiografía alemana posbélica»²⁴. Dos años más tarde

²² El autor de este artículo, durante algunos años corresponsable de la puesta en marcha de la sección «Historia de España y de América Latina» en la biblioteca universitaria, recuerda que casi no había límites en la capacidad de gasto para la adquisición de nuevos fondos bibliográficos.

²³ Fritz FISCHER: *Der Griff nach der Weltmacht. Die Kriegszielpolitik des kaiserlichen Deutschland 1914-1918*, Düsseldorf, Droste, 1961.

²⁴ Lars DEILE: «Die Sozialgeschichte entlässt ihre Kinder. Ein Orientierungsversuch in der Debatte um Kulturgeschichte», *Archiv für Kultur-Geschichte*, 1 (2005), pp. 1-26, esp. p. 11. Según Xosé Manoel NÚÑEZ SEIXAS, Wehler fue «el historiador alemán más importante de su generación y uno de los más influyentes de Europa de su tiempo», véase su obituario en *El País*, 12 de julio de 2014. Para

llegaron Jürgen Kocka y Reinhart Koselleck. En 1978, se sumó Hans-Jürgen Puhle, por mencionar tan solo algunos nombres de los promotores de la nueva historia social alemana. Es cierto que la definición de este grupo como Escuela de Bielefeld fue una invención de sus colegas norteamericanos, y que Wehler y sus colegas nunca se consideraron «una escuela». Sin embargo, David Blackburn, uno de sus más lúcidos críticos, acierta cuando hace hincapié en esa situación extraordinaria de que en una única universidad se juntaban «an exceptional group of scholars», comparable quizás con la Universidad de Estrasburgo como lugar de encuentro de académicos del talento de Marc Bloch, Lucien Febvre o Maurice Halbwachs²⁵. Desde su baluarte de Bielefeld, el grupo pronto logró atraer a un buen número de historiadores (y en mucha menor medida, historiadoras) de otras universidades (Hans Mommsen, Wolfgang J. Mommsen, Jörn Rüsen, Heinrich-August Winkler, Walther Bernecker, Klaus Tenfelde, Reinhard Rürup, Karin Hausen...), de manera que el concepto de la Escuela de Bielefeld debe ser entendido en un sentido más bien laxo.

Los académicos de Bielefeld, y muchos de sus colegas afines, compartieron una serie de rasgos característicos en la fase inicial de su carrera universitaria. Todos contaban ya con importantes publicaciones, sobre todo sus tesis doctorales, en las que se habían alejado de los cánones de la historiografía política tradicional para adentrarse en esquemas analíticos y explicativos alternativos. La gran mayoría de estas publicaciones se centraba en la historia contemporánea alemana. Detrás de esta focalización se encontraba la necesidad, compartida, de revelar las condiciones particulares que habían posibilitado el auge de la dictadura nacionalsocialista con todas sus funestas consecuencias. Esta ruptura de 1933 no tuvo parangón en ningún otro país del mundo, por lo que entre los *bielefeldianos* hubo un consenso de que la interpretación clásica

Paul Nolte, Wehler fue el «historiador más influyente de la República Federal de Alemania y quizás de todo el siglo XX en Alemania», «una especie de Habermas de la historia», en Paul NOLTE, *Hans-Ulrich Wehler. Historiker und Zeitgenosse*, München, Beck, 2015, p. 9.

²⁵ David BLACKBOURN: «Memorial. Hans-Ulrich Wehler (1931-2014)», *Central European History*, 47 (2014), pp. 700-715, esp. p. 703. La denominación «Escuela de Bielefeld» como «invención» de algunos historiadores americanos según Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 96.

sica del periodo nacionalsocialista como un accidente de la por lo demás impecable historia alemana no ofrecía una explicación medianamente satisfactoria de la *catástrofe alemana*. A la postre, no es exagerada la interpretación de que, en sus orígenes, la nueva historia social alemana fue «el proyecto de una generación que, bajo el manto científico, también quiso llevar a cabo un ejercicio político de “digestión del pasado” [“Vergangenheitsbewältigung”] para crear una Alemania más “occidentalizada”, también en el sentido científico»²⁶. Por lo tanto, el conocimiento de la historia se encontraba estrechamente vinculado a un propósito emancipador en el sentido kantiano. Kocka lo expresaba de forma contundente: «Historia e ilustración»²⁷.

Para la búsqueda de herramientas metodológicas y conceptuales los defensores de la nueva historia social alemana coincidieron en la necesidad de aproximarse a las ciencias sociales, sobre todo a la sociología, la ciencia política y la economía, mientras que otras ciencias sociales como la antropología o la etnografía, muy en boga en Francia y, en parte, en Estados Unidos, quedaban completamente marginadas. Según Wehler, a él y a sus compañeros les inspiró «una especie de sentimiento misionero que nos impulsaba a abandonar la casa de la sempiterna historia política» y a hacerse con las propuestas innovadoras de «los sociólogos y de otras ciencias afines»²⁸. Este «sentimiento misionero» empujó a casi todos los flamantes historiadores de la Escuela de Bielefeld a pasar largas temporadas en los Estados Unidos y discutir su trabajo con los historiadores y sociólogos. El resultado quizás más impactante y duradero de estos encuentros fue el redescubrimiento de Max Weber a través de las lecturas de los colegas americanos, especialmente de la mano de Talcott Parsons, Reinhard Bendix, Hans Gerth o C. Wright Mills. Así se produjo lo que el historiador estadounidense Charles S. Maier llamó, quizás generalizando excesivamente,

²⁶ Pascal MAEDER, Barbara LÜTHI y Thomas MERGEL: «Einleitung», en Pascal MAEDER, Barbara LÜTHI y Thomas MERGEL (eds.): *Wozu noch Sozialgeschichte? Eine Disziplin im Umbruch*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2012, pp. 7-24, esp. p. 7. También Hans-Ulrich WEHLER: *Historisches Denken am Ende des 20. Jahrhunderts. 1945-2000*, Essen, Wallstein, 2001, p. 54.

²⁷ Jürgen KOCKA: *Geschichte und Aufklärung*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1989.

²⁸ Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 175.

la «repatriación» del pensamiento crítico del padre de la sociología histórica desde los Estados Unidos a Bielefeld, donde pronto iba a convertirse en el estilista («Säulenheiliger») de los *bielefeldianos*²⁹. Lo que fascinaba en la inmensa obra de Weber, que Wehler comparaba con una «cantera» en la que siempre se encontraba algo, era su capacidad de pensar en términos de estructuras y sistemas, así como la curiosidad interdisciplinar que practicaba. Con todo, la lectura de la obra de Weber que hicieron los *bielefeldianos* fue siempre selectiva, centrándose en la sociología del poder —con su tipología de diferentes mecanismos de legitimación del poder—, sus escritos sobre las estratificaciones sociales en estados y clases, así como su largo artículo sobre la objetividad en las ciencias sociales. Una relevancia relativamente menor, empero, tuvo su *Sociología de la religión* con las importantes disquisiciones sobre el valor de los símbolos, las percepciones y los imaginarios («Weltbilder»), un déficit que más tarde sería criticado por la nueva generación de historiadores de la cultura, tal y como veremos más adelante. Esta utilización selectiva y ecléctica de la obra de Weber correspondía a una recepción no menos caprichosa de Karl Marx, un teórico atractivo porque, como Weber, pensaba en categorías de sistema y de estructura, revalorando con su materialismo histórico el impacto decisivo de la economía frente a la política. Los nuevos historiadores sociales utilizaron a Marx para completar sus lecturas de Weber porque «siempre pensaba la sociedad en términos históricos, comprendiendo la historia siempre como historia de la sociedad, desde sus dinámicas económicas y tensiones sociales». De ahí que se podía aprender mucho de Marx, quien, al menos inicialmente, tuvo un peso parecido al de Weber, pero este enseñaba que no existía la preeminencia de la economía. La simbiosis entre ambos pensadores culminaba en la definición de Weber como «el Marx burgués»³⁰.

²⁹ Charles S. MAIER: «Hans-Ulrich Wehler: in Memoriam», *Geschichte und Gesellschaft*, 40 (2014), pp. 610-617, esp. p. 612. Todos los *bielefeldianos*, incluso Wehler, partían ya con conocimientos profundos de la obra de Weber en Estados Unidos. La definición de Weber como «estilista» en Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 127.

³⁰ Paul NOLTE: *Hans-Ulrich Wehler...*, pp. 56 y 54. Probablemente el análisis crítico más detallado de la relevancia de ambos teóricos se encuentra en Jürgen KOCKA: *Sozialgeschichte. Begriff, Entwicklung, Probleme*, Gotinga, Vandenhoeck & Rupprecht, 1977, pp. 9-47 (ed. esp. Barcelona, Alfa, 1989).

De esta simbiosis, que con el tiempo se inclinaría más del lado weberiano, resultó una nueva historia social que se entendía (y fue percibida por sus adversarios) como una «ciencia de oposición» que desafiaba la hegemonía de la clásica historia política. Políticamente, sus defensores se ubicaban en un espectro que abarcaba desde posturas próximas a un «marxismo moderado y científicamente domesticado» hasta un amplio campo «liberal-democrático» de dimensiones ideológicas un tanto vagas y difusas³¹. Su objeto de estudio prioritario era la historia alemana de los siglos XIX y XX, y su punto de partida la formulación de «preguntas causales» y la búsqueda de respuestas pertinentes. Esto no era posible si se pretendía reducir la historia a un cúmulo de experiencias, significados, discursos y comportamientos subjetivos, porque todos ellos se materializan en el contexto de unas «condiciones estructurales y procesuales que no están presentes en estos comportamientos subjetivos»³². Por lo tanto, la búsqueda de las respuestas a aquellas «preguntas causales» requería la aplicación de teorías «de alcance medio», entre las que, al menos inicialmente, las diferentes teorías de la modernización elaboradas por la sociología norteamericana gozaron de un atractivo especial entre los protagonistas de la nueva historia social. Como ha señalado Paul Nolte, la influencia de estas teorías se plasmó en la implícita, nada ambivalente convicción intelectual de la incuestionable bondad de la modernidad y en la premisa liberal y progresista de que la historia, al menos en un principio, avanza en la dirección del progreso³³.

Partiendo de este engranaje teórico y de estas premisas ideológicas nació la teoría del «camino particular alemán» («der deutsche Sonderweg») hacia la modernidad, un teorema que durante años revolucionó la historiografía no solo en Alemania. El eje argumental es bien conocido. Contrariamente a lo que ocurrió en otros países occidentales, en Alemania la modernización económica no fue acompañada por la modernización de las estructuras políticas y sociales que, tras la revolución fallida de 1848, permanecieron ancla-

³¹ Bettina HITZER y Thomas WELSKOPP: «Einleitung...», p. 17.

³² Jürgen KOCKA: «Wandlungen...», pp. 25-28.

³³ Paul NOLTE: *Hans-Ulrich Wehler...*, pp. 49-50. Para este tema, véase, sobre todo, Hans-Ulrich WEHLER: *Modernisierungstheorie und Geschichte*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1975.

das en unas realidades heredadas del Antiguo Régimen, a merced de unas elites de poder premodernas (aristocráticas y militares) y una débil burguesía aristocratizada. La incapacidad de resolver los problemas y conflictos generados en la moderna sociedad capitalista por un sistema político predemocrático y unas elites de poder no dispuestas a renunciar a su hegemonía nos situarían así en el origen del fascismo alemán³⁴. Tras un largo, y a menudo muy polémico debate, hoy en día el concepto ha desaparecido prácticamente y sus defensores, que no «inventores»³⁵, han admitido buena parte de las críticas. Aceptan como precipitada y empíricamente no suficientemente corroborada la idea de un camino alemán hacia la modernidad «particular» y diferente del «modelo» occidental representado por Reino Unido, Estados Unidos o Francia. También reconocen la problemática metodológica de reducir toda la historia alemana del siglo XIX y primer tercio del XX a una especie de antecedentes patológicos del nacionalsocialismo alemán. Finalmente, nuevas investigaciones han revelado que la Alemania del Imperio bismarckiano no fue ni menos parlamentaria ni menos burguesa que otros países de Europa³⁶. Con todo, la necesaria «historización» de la tesis del camino particular alemán que reclamaba Wehler, con el abandono de premisas normativas sobre modelos de

³⁴ Ludger MEES: «La “catástrofe alemana” y sus historiadores. El fin del régimen nacionalsocialista 50 años después», *Historia Contemporánea*, 13-14 (1996), pp. 465-484. La obra pionera que más ayudó a divulgar la tesis del camino particular alemán fue Hans-Ulrich WEHLER: *Das deutsche Kaiserreich, 1871-1918*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1973.

³⁵ Según Kocka, el concepto del «Sonderweg» fue inventado por sus críticos. Jürgen KOCKA: «Nach dem Ende des Sonderwegs. Zur Tragfähigkeit eines Konzepts», en Bettina HITZER y Thomas WELSKOPP (eds.): *Die Bielefelder Sozialgeschichte. Klassische Texte zu einem geschichtswissenschaftlichen Programm und seinen Kontroversen*, Bielefeld, Transcript Verlag, 2010, pp. 263-275.

³⁶ Resulta significativo que algunas de las críticas empíricas más fundadas de estas tesis hayan sido publicadas en la revista «oficial» de la Escuela de Bielefeld. Véanse, por ejemplo, Tim B. MÜLLER y Hedwig RICHTER: «Einführung: Demokratiegeschichte. Deutschland (1800-1933) in transnationaler Perspektive», *Geschichte und Gesellschaft*, 44 (2018), pp. 325-335, y Margaret LAVINIA: «Ein Demokratie-defizit? Das Deutsche Kaiserreich in vergleichender Perspektive», *Demokratiegeschichte*, 44 (2018), pp. 367-398. Para una visión crítica ya clásica de la tesis del «Sonderweg», véase David BLACKBOURN y Geoff ELEY: *The Peculiarities of German History: Bourgeois Society and Politics in 19th Century Germany*, Oxford, Oxford University Press, 1984.

evolución supuestamente «normales» y otros «anormales» y patológicos, no invalida algunas de las consideraciones que se encuentran en el origen de esta teoría y que, *mutatis mutandis*, continúan apareciendo en los escritos de los *bielefeldianos* en sus comparaciones de las diferentes trayectorias hacia la modernidad: En ningún otro país del mundo hubo una ruptura tan brutal y radical como la de 1933 en Alemania. En Europa, tan solo en Alemania se produjo un solapamiento en el tiempo durante el último cuarto del siglo XIX de tres de los problemas de desarrollo fundamentales de todas las sociedades modernas, a saber, la formación del Estado-nación, la cuestión constitucional y la cuestión social como consecuencia de la industrialización. Además, el peso y la continuidad de la tradición burocrática parece no tener parangón en ningún otro país europeo. Y, finalmente, descartada la afirmación demasiado categórica del déficit de la tradición burguesa, sí parece cierto que, desde el punto de vista comparativo, en Alemania la burguesía y las clases medias tuvieron un impacto menos contundente y generalizado sobre la sociedad que en otros países³⁷.

Desde su atalaya institucional en la Universidad de Bielefeld, y agitando la atractiva bandera de la innovación metodológica y teórica, los representantes de lo que ya se iba conociendo como la nueva historia social, o, más tarde, la nueva historia de la sociedad, se iban preparando para abandonar definitivamente su posición de *outsider* en la oposición para ensanchar su influencia en el discurso historiográfico alemán. La receta para este gran salto hacia adelante era tan sencilla en la teoría como difícil en su materialización. Consistía en la combinación entre una masiva presencia mediática en todos los debates públicos importantes, como en la ya célebre «polémica de los historiadores» en la segunda mitad de los ochenta³⁸, con una aparentemente inagotable energía vertida en la publica-

³⁷ Jürgen KOCKA: «Nach dem Ende...», p. 269, y Hans-Ulrich WEHLER: *Kampf-situation...*, pp. 160-161.

³⁸ Ludger MEES: «La catástrofe alemana...». Según reveló el propio Hans-Ulrich Wehler años más tarde, él ayudó a su amigo Jürgen Habermas en la preparación de la respuesta al artículo de Ernst Nolte, quien había sido el primero en cuestionar públicamente la singularidad del régimen nacionalsocialista y del holocausto. El escrito de Nolte y la respuesta de Habermas dieron comienzo a la dura y controvertida «polémica de los historiadores». Paul NOLTE: *Hans-Ulrich Wehler...*, pp. 105-117.

ción de sus trabajos de investigación, la puesta en marcha de potentes (y bien financiados) proyectos de investigación y la organización de congresos y otros foros de debate. Aquí resulta imposible realizar un análisis medianamente exhaustivo de todas estas actividades e iniciativas. Baste con una selección significativa señalada a continuación.

Siguiendo el ejemplo de la revista *Past & Present*, y concebida como contrapunto a la revista del *establishment*, la *Historische Zeitschrift*, en 1975 salió el primer número de lo que sería el portavoz de la Escuela de Bielefeld, la revista *Geschichte und Gesellschaft* (*Historia y Sociedad*), cuyo subtítulo era ya todo un anuncio programático: *Revista para la ciencia social histórica*. También la estructura de la revista debía reflejar el ímpetu innovador y democratizador de sus promotores: en lugar de un editor figuraba un órgano colectivo que incluía a quince historiadores y académicos de otras ciencias sociales. Este ímpetu innovador, empero, tuvo claros límites: entre los quince académicos no hubo ninguna mujer, tampoco en el consejo asesor. Esta discriminación de género perduró durante catorce años, hasta que Gisela Bock entró como primera mujer en el consejo editorial³⁹. *Geschichte und Gesellschaft* logró en poco tiempo convertirse en una de las revistas de historia más prestigiosas y leídas en Alemania, cultivando una cultura de debate intelectual sin límites y plural, en el que también los adversarios de los *bielefeldianos* tuvieron ocasión de presentar sus argumentos. Así, el propio Wehler invitó a uno de sus mayores contrincantes, Thomas Nipperdey, a publicar una reseña de su polémico libro sobre el Imperio Alemán. Nipperdey aprovechó el momento para sacar un texto que unía su estilo elegante y respetuoso con una crítica de fondo sin contemplaciones, que culminaba en el reproche dirigido a su colega de haber puesto la historiografía al servicio de determinadas ideas políticas. En este sentido, Wehler era para el historiador de Múnich un «Treitschke redivivus», una alusión al historicista decimonónico conservador y antisemita Heinrich von Treitschke y la contaminación de su labor académica por sus ideas políticas⁴⁰.

³⁹ Paul NOLTE: *Hans-Ulrich Wehler...*, pp. 74 y 80-82.

⁴⁰ Thomas NIPPERDEY: «Wehler's "Kaiserreich". Eine kritische Auseinandersetzung», *Geschichte und Gesellschaft*, 4 (1975), pp. 539-560.

Este empeño por contrastar las ideas propias con las de sus oponentes, un esfuerzo por llevar a la práctica sin tabú alguno la democracia deliberativa habermasiana, marcó también las sesiones del *Coloquio sobre Historia Económica y Social* que Wehler y Kocka organizaban durante años regularmente en Bielefeld. Muchos de los ponentes que lograron una invitación a presentar sus tesis han dejado testimonios sobre los debates *a tumba abierta* que se desarrollaban en el coloquio. Richard J. Evans se sentía en la piel de un gladiador:

«To deliver a paper in his seminar was like entering a gladiatorial arena; a score or more of brilliant PhD students, and junior faculty vied with each other to see who could destroy the visiting speaker most comprehensively. Yet none of this was done with ill-will; like their mentor [Wehler], they loved argument and disputation, and to survive the intellectual cauldron of Bielefeld could be a heady experience for the outsider».

Otra conferenciante valiente que se atrevió a defender la historia cultural se veía entrando en el típico *saloon* en alguna de las películas *western*: se abre la puerta del *saloon*. El bueno y el malo, separado por el mostrador, se miran fijamente a los ojos, y entonces el historiador social gruñe al historiador cultural: «Esta ciudad es demasiado pequeña para los dos»⁴¹. Sin embargo, estos encuentros no solían tener un desenlace fatal, sino más bien lo contrario: solían terminar a menudo en el bar griego de la Universidad con unas cuantas cervezas: «Disagreement over historical questions was never accompanied by personal rancor»⁴².

Muchos de los que habían pasado la prueba del fuego en el coloquio luego eran invitados a publicar en la serie editorial «Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft» que Wehler había puesto en marcha ya en 1972. Se mantuvo al frente de este proyecto hasta 2011, dejando detrás un balance nada desdeñable de doscientas (!)

⁴¹ Lars DEILE: «Die Sozialgeschichte...», p. 11, y Richard J. EVANS: «Obituary: Hans-Ulrich Wehler: Historian behind a revolution in the study of German society», *The Guardian*, 2 de agosto de 2014.

⁴² David BLACKBOURN: *Memorial...*, p. 709. Sin embargo, en ocasiones la brillante prosa retórica de Wehler pasaba todos los límites de lo académicamente aceptable llegando a ser personalmente hiriente.

monografías publicadas. Algunas de estas publicaciones fueron fruto de un macro-proyecto de investigación internacional sobre la historia social comparada de la burguesía en Europa. Este «Sonderforschungsbereich Bürgertum» se puso en marcha en 1985 y se prolongó hasta 1997, contando durante todo este periodo con una generosa financiación pública. Este proyecto dio lugar a un total de unas quinientas publicaciones, entre ellas más de veinte monografías o libros colectivos⁴³.

De este auténtico mar de publicaciones destaca una obra en cinco volúmenes que se puede considerar como el buque insignia de la Escuela de Bielefeld. Su autor no pudo ser otro que el propio Hans-Ulrich Wehler, un hombre que exhibía una férrea ética de trabajo que parecía haber salido del estudio weberiano sobre la ética protestante y el espíritu del capitalismo. Wehler anunció su proyecto ya en 1973 en el epílogo de su libro sobre el Imperio. Después de haber dedicado buena parte de los años setenta a la creación y consolidación de la facultad, se centró durante treinta y cinco años en la preparación y redacción de su monumental *Historia de la sociedad alemana*. Los primeros volúmenes aparecieron en 1987, el quinto y último en 2008. A lo largo de 4.807 páginas de texto con letra pequeña y miles de notas, el autor aborda la historia contemporánea alemana entre 1700 y 1990, presentando así una obra sin parangón en la historiografía alemana. En la introducción, cita ampliamente a Max Weber (más) y a Karl Marx (menos) para explicitar su concepto de «sociedad». Cualquier sociedad está compuesta por cuatro «ejes» centrales: la economía, el poder político, la cultura y, resultando de la interacción de estos tres ejes, el cuarto eje de la desigualdad social⁴⁴. Estos ejes le sirven como elemento estructurador de cada uno de los cinco volúmenes. Esta obra colosal combina el análisis de terrenos temáticos que su autor pisaba por vez primera, con el regreso exhaustivo a los temas clásicos con los

⁴³ Bettina HITZER y Thomas WELSKOPP: «Einleitung...», p. 41; las quinientas publicaciones según <https://www.fachportal-paedagogik.de/literatur/vollanzeige.html?FIId=601948#vollanzeige> (consultado el 19 de noviembre de 2019).

⁴⁴ Hans-Ulrich WEHLER: *Deutsche Gesellschaftsgeschichte...*, pp. 6-31. *A posteriori*, y de forma autocrítica, el historiador concede que probablemente hubiera merecido considerar el derecho como otro eje básico más de la sociedad. Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 148.

que se había dado a conocer. Lejos de defender dogmáticamente sus tesis conocidas, su investigación del Imperio Alemán incorpora algunas de las críticas recibidas después de la publicación de su ya mencionada obra de 1973, matizando notablemente su visión del camino particular alemán hacia la modernidad. Su manejo selectivo y ecléctico de las teorías también le permite sustituir determinados conceptos por otros considerados más fructíferos desde el punto de vista analítico. Así, por ejemplo, desaparece su interpretación del poder político de Bismarck basado en el concepto marxiano del «bonapartismo»⁴⁵. En su lugar —otra muestra más del giro desde Marx hacia Weber—, Wehler recurre a la tipología weberiana del «poder carismático», que más tarde también aplica al estudio del nacionalsocialismo y su líder.

Como era previsible, a medida que iban apareciendo los cinco volúmenes, la obra suscitó un vivo debate no solo en la academia, sino también en los medios de comunicación más importantes. Todos los críticos se inclinaron ante una aportación intelectual descomunal, detrás de la cual reconocieron un esfuerzo ímprobo, al alcance de muy pocas personas. Estas muestras de admiración sincera dieron paso a la formulación de un amplio abanico de críticas que aquí solo pueden mencionarse telegráficamente: el tratamiento reduccionista de la cultura como cultura institucionalizada y la escasa atención para formas de cultura más «líquidas» como los símbolos, creencias e imaginarios, pese a que estos temas habían sido objeto de estudio del maestro Weber; la aparición marginal del factor «género y sexualidad»; la proyección de conceptos modernos a una realidad premoderna: ¿existió antes de 1870/71 una «sociedad alemana» o había más bien «sociedades alemanas» sumergidas en un largo proceso de «nation-building»?; el lastre estructural que se olvida de las vivencias concretas de la gente; el tratamiento normativo, casi despectivo de la historia de la Alemania comunista; el predominio de la clásica historia política en una obra que se presenta como una «historia de la sociedad»; la recaída en los postulados individualistas del historicismo cuando se pretende explicar las complejas estructuras de poder del Imperio o del nacionalsocia-

⁴⁵ La discusión del «bonapartismo» en analogía al análisis marxiano del régimen de Napoleón III en su *El 18 de brumario de Luis Bonaparte* (1852) en Hans-Ulrich WEHLER: *Das deutsche Kaiserreich...*, pp. 63-69.

lismo mediante la figura del «poder carismático» de Bismarck y de Hitler; la incapacidad de comprender las dimensiones transnacionales de la historia debido al enfoque eminentemente nacional de la obra; la escasa presencia de perspectivas comparadas, cuando la historia comparada es uno de los elementos metodológicos básicos de la historia social *bielefeldiana*⁴⁶.

La gran mayoría de los críticos coincidían con el veredicto de Geoff Eley de que se trataba de una «historia grandiosa» y de un auténtico «monumento» de la historiografía⁴⁷. Sin embargo, muchas de las críticas formaban ya parte de una nueva oleada revisionista en la historiografía alemana (e internacional), cuyos protagonistas lanzaban sus dardos contra lo que ya no era una «ciencia de la oposición», sino un nuevo *establishment*: la nueva historia social alemana establecida en Bielefeld.

Un entierro triunfal

«Nuestro tiempo estelar [“Hoch-Zeit”] en Bielefeld se inició alrededor de 1973 y duró hasta 1989»⁴⁸. En realidad, esta periodización de Wehler debe matizarse puesto que la nueva historia social (o de la sociedad) ya había entrado desde comienzos de los ochenta en una fase de creciente cuestionamiento dentro de un contexto político y cultural cambiante. La ruptura de la coalición social-liberal en 1982 y el comienzo de la era Kohl dio paso a un periodo de hegemonía conservadora no solo en el ámbito político, sino también en los círculos intelectuales y académicos. Por otra parte, la

⁴⁶ Para una primera aproximación a la discusión sobre la *Gesellschaftsgeschichte* de Wehler se puede recurrir a Patrick BAHNERS y Alexander CAMMANN (eds.): *Bundesrepublik und DDR. Die Debatte um Hans-Ulrich Wehlers «Deutsche Gesellschaftsgeschichte»*, Múnich, Beck, 2009. Para las críticas, véanse además la reseña del volumen 4 de Ludolf HERBST en *H-Soz-Kult*, 23 de octubre de 2003; Geoff ELEY sobre el mismo volumen en *German History*, 23(4) (2005), pp. 552-556; Konrad H. JARAUSCH sobre el volumen 5 en *H-Soz-Kult*, 29 de septiembre de 2008, y John BREUILLY: «Hans-Ulrich Wehler: A Tribute», *German History*, 2 (2014), pp. 1-6. Sobre el proceso de elaboración de la obra, sus fortalezas y debilidades, así como sus críticos, véase Paul NOLTE: *Hans-Ulrich Wehler...*, pp. 87-104.

⁴⁷ Cfr. el artículo de Eley citado en la nota anterior, p. 552.

⁴⁸ Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 96.

entrada del partido ecologista *Die Grünen* en el Parlamento (1983), así como las masivas protestas contra la colocación de nuevos misiles nucleares de la OTAN en varios países europeos en el mismo año tuvieron dos efectos importantes para los profesionales de la historia social alemana. En primer lugar, pusieron en tela de juicio la gran narrativa de la evolución hacia el progreso que subyacía en muchas de las investigaciones de los *bielefeldianos*⁴⁹; y, en segundo lugar, revelaron la importancia de valores como el de la protección del medio ambiente o la conservación de la paz, difícilmente analizables y comprensibles con las clásicas herramientas analíticas de un estructuralismo muy escorado hacia el lado materialista. Cabe añadir que detrás de las críticas a la historia social se vislumbran también las vivencias precarias de una nueva generación de historiadores e historiadoras y sus problemas para hacerse sitio en el sistema universitario que ya había pasado de la fase de crecimiento vertiginoso al estancamiento.

Y Bielefeld reaccionó a los impulsos innovadores. Muy en línea con su filosofía editorial abierta y no dogmática, Jürgen Kocka editó en 1984 un número de *Geschichte und Gesellschaft* sobre «Historia social y antropología cultural», abriendo las páginas de la revista a algunos críticos de la historia social que abogaban por una perspectiva analítica más centrada en las vivencias cotidianas de la gente, la necesidad de aplicar métodos y conceptos prestados de la antropología o de la etnología, así como por la sustitución del concepto de «sociedad» por el de «cultura» como nuevo objeto prioritario de la investigación historiográfica. En este número de la revista se publicó un artículo de Hans Medick que, de forma coherente, anticipaba muchas de las críticas vertidas más tarde sobre la historia social por los partidarios de la *Alltagsgeschichte* (*historia de la cotidianidad*), primero, y de la historia cultural después. Siguiendo al antropólogo norteamericano Clifford Geertz y su método de la «thick description», Medick rechazaba tanto el lenguaje analítico como las teorías estructuralistas de los *bielefeldianos* como instrumentos que, lejos de permitir un correcto análisis del pasado, reflejaban más bien los —inconfesados— juicios de valor de sus au-

⁴⁹ Cabe matizar que, pese a este reproche de la teleología progresista, en las obras de Wehler, Kocka, Puhle y otros no faltaban consideraciones sobre las ambivalencias del progreso y de la modernidad.

tores. Abogaba por la recuperación de metodologías hermenéuticas para reconstruir y comprender la enorme heterogeneidad de las vivencias humanas en el pasado, una heterogeneidad que se escapaba del escrutinio analítico limitado por la adopción de una determinada perspectiva teórica⁵⁰.

Una primera ocasión para confrontar posturas de forma directa llegó un año más tarde, cuando Kocka aprovechó el congreso bianual de los historiadores alemanes para organizar una sección bajo el título de «Historia desde abajo, historia desde dentro», en la que, junto con representantes de la *Alltagsgeschichte*, participó también Hans-Ulrich Wehler. Alf Lüdtke, todavía sin cátedra y contratado en el Max-Planck-Institut para Historia en Göttingen, se iba perfilando como uno de los más brillantes críticos de la historia social. Los ejes de su crítica giraban en torno a dos reproches. El primero era estrictamente metodológico: al centrarse en los grandes procesos y estructuras del proceso histórico, se elimina la *human agency* que, en su opinión, es la que forma estos procesos, los dota de sentido y los padece. Sin esta perspectiva desde abajo, desde la perspectiva de la «gente humilde» («kleine Leute»), no se puede comprender la dinámica de la historia. La referencia a E. P. Thompson y su teoría de la «economía moral» le servía como ejemplo para señalar que la historia social no debía ser tan ciega en este sentido como, en su opinión, lo eran los historiadores de Bielefeld. El segundo reproche incluía una crítica política: la gran narrativa del proceso histórico entendido como un permanente avance hacia la modernidad, la racionalidad y la ilustración no es más que un constructo ideológico vinculado a la experiencia vital particular de ciertos historiadores alemanes de la posguerra. A la vista de la destrucción ecológica y militar del planeta, el nexo entre racionalidad y progreso humano deja de ser ciencia para convertirse en creencia⁵¹.

⁵⁰ Hans MEDICK: «Missionare im Ruderboot? Ethnologische Erkenntnisweisen als Herausforderung an die Sozialgeschichte», *Geschichte und Gesellschaft*, 10 (1984), pp. 259-319.

⁵¹ Un despliegue más detallado de sus argumentos, con respuestas a sus críticos, en Alf LÜDTKE: «Einleitung. Was ist und wer treibt Alltagsgeschichte?», en Alf LÜDTKE (dir.): *Alltagsgeschichte. Zur Rekonstruktion historischer Erfahrungen und Lebensweisen*, Fráncfort-Nueva York, Campus, 1989, pp. 9-47.

La crítica de la *Alltagsgeschichte*, iniciada ya en la primera mitad de los ochenta, fue retomada y ampliada en los noventa por otras corrientes entre las que destacaban la historia de la mujer (o de género) y, con una pretensión más generalizada, por la nueva historia cultural. ¿Cuál fue la respuesta de los *bielefeldianos*? ¿Qué impacto ha tenido en el paisaje historiográfico alemán?

En líneas generales, la respuesta de los historiadores sociales osciló entre dos polos. Por una parte, está el rechazo duro y a menudo polémico de la mayoría de las nuevas perspectivas por el veterano Wehler. Para él, la mayoría de las propuestas tanto de la *Alltagsgeschichte* como, más tarde, de la historia cultural no eran otra cosa que una reanimación del viejo historicismo bajo el manto de una terminología confusa pero *chic*. En su opinión, la reivindicación de *reconstruir* el mundo vital de los individuos y de *describirlo* desde dentro equivalía a la renuncia de *explicar* el pasado preguntándose por las relaciones causales. Sin cuestionar la relevancia de los objetos de estudio y sin explicitar los intereses cognitivos del investigador se volvía al *l'art pour l'art* del historicismo individualista. Wehler consideraba que, debido a su ambigüedad conceptual, ni los enfoques de la cotidianidad ni de la cultura servían como alternativas al concepto de la sociedad como herramienta analítica con capacidad de síntesis⁵².

Sin embargo, entre los *bielefeldianos* hubo una segunda respuesta mucho más moderada y receptiva a los desafíos planteados por las nuevas corrientes. Es más, Jürgen Kocka criticó públicamente a su amigo Wehler por lo que para él era una «yuxtaposición excesivamente categórica de la historia social y la historia cultural»⁵³. Kocka, que es quizás quien más ha trabajado el proceso

⁵² Hans-Ulrich WEHLER: *Die Herausforderung der Kulturgeschichte*, Múnich, Beck, 1998. Sin embargo, tanto en esta colección de artículos como en otras publicaciones, el Néstor de la historia social alemana matizaba su rechazo frontal de la historia cultural y aceptaba algunas de las críticas vertidas. Por ejemplo, durante los últimos años de su vida académica descubrió al sociólogo francés Pierre Bourdieu y su concepto del «habitus» como herramienta que permitía establecer un nexo analítico entre el mundo vital de los sujetos y su contexto estructural. En la retrospectiva sobre su obra reconoce que, si fuera posible «danzarse de nuevo a las aguas», quizás otorgaría «a los individuos [...] un espacio mayor para sus actividades y decisiones», sin olvidar, empero, «las condiciones restrictivas que delimitan este espacio». Hans-Ulrich WEHLER: *Kampfsituation...*, p. 169.

⁵³ Jürgen KOCKA: *Sozialgeschichte in Deutschland...*, p. 23.

de la formación de las clases, y, sobre todo, de la clase obrera, reconoce abiertamente que su historia ha sido una «víctima» de las nuevas tendencias porque fenómenos como la carrera armamentista, la destrucción del medio ambiente o el proceso de globalización y sus consecuencias habían introducido nuevos problemas en la agenda cuyo impacto ya no podía ser medido mediante los clásicos análisis de clase, muy influenciados por un concepto de clase marxiano con su enfoque en el nexo entre la consciencia de clase y las relaciones de producción⁵⁴. Menos contundente en su rechazo que su compañero y amigo, Kocka abogaba por una adopción selectiva de las sugerencias y críticas formuladas por la historia cultural dentro del marco de lo que se iba conociendo como una «historia social ampliada»⁵⁵. La ya citada más reciente obra del autor sobre «Vida y cultura obreras», en la que se ocupa incluso de aspectos tan poco valorados por los protagonistas de la Escuela de Bielefeld como la cuestión del género, es una buena muestra de que las concesiones a la historia cultural no eran meras escaramuzas retóricas defensivas de un ejército derrotado. Basta con echar un vistazo a los temas tratados por el portavoz de la Escuela, la revista *Geschichte und Gesellschaft*, para visualizar esta gradual penetración de los culturalistas en el feudo de la historia social. He aquí una pequeña, pero significativa selección: «Historia, emociones y el poder de las imágenes» (37, 2011); «Historiografía y música» (38, 2012); «Emociones ambivalentes. Sexualidad y antisemitismo durante el nacional-socialismo» (39, 2013); «El mar como espacio vital» (40, 2014); «Lealtades en órdenes supranacionales» (42, 2016) o «Nuevos caminos de la historia de los conceptos» (44, 2018).

⁵⁴ Jürgen KOCKA: «Möglichkeiten der Arbeitergeschichte», en Pascal MAEDER, Barbara LÜTHI y Thomas MERGEL (eds.): *Wozu noch Sozialgeschichte?*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2012, pp. 43-53, esp. p. 46. Un análisis de clase ya clásico de Jürgen KOCKA es su libro *Weder Stand noch Klasse. Unterschichten um 1800*, Bonn, Dietz 1990, pp. 23-42. Su libro más reciente sobre la clase obrera [¡y su cultura!] es Jürgen KOCKA: *Arbeiterleben und Arbeiterkultur. Die Entstehung einer sozialen Klasse*, Bonn, Dietz, 2015. Dos años antes, el autor amplió su foco analítico, abandonó el marco de la historia alemana y presentó —guiado por los inspiradores clásicos de la Escuela de Bielefeld (Marx, Weber, Schumpeter)— una historia general del capitalismo, *Geschichte des Kapitalismus*, Múnich, Beck, 2013 (ed. esp. Barcelona, Crítica, 2014).

⁵⁵ Este fue el título («Sozialgeschichte in der Erweiterung») de un monográfico que *Geschichte und Gesellschaft* publicó ya en 1988.

La consecuencia más dramática de esta paulatina penetración culturalista, así como de la creciente apertura hacia los planteamientos de la historia global⁵⁶, culminó en la desaparición de la Escuela de Bielefeld. En 2023, esta denominación tan solo aparece en tratados sobre la evolución de la historiografía alemana en el pasado. Y es cierto que buena parte de sus enterradores han sido los herederos y herederas (doctorandos, discípulos) de los *founding fathers*⁵⁷. Sin embargo, este entierro fue precedido por una larga trayectoria triunfal. En un par de décadas, lo que había nacido como un capricho minoritario en forma de «ciencia de oposición» a la historia política tradicional, se convirtió en el nuevo *mainstream* con una potente infraestructura institucional y editorial. Los rayos historiográficos de Bielefeld irradiaban con fuerza en todo el ámbito universitario alemán, en el que, poco a poco, se iban asumiendo muchas de las propuestas *bielefeldianas*. La historia social, ahora «ampliada» culturalmente, impulsó a su vez la transformación de la historiografía general. La siguiente apreciación de Jürgen Kocka, corroborada por otros investigadores, define bastante bien la situación de la historiografía alemana actual:

«Social historians' approaches, viewpoints, topics and results have been accepted and incorporated by many other historians who would not call themselves social historians. Social history has successfully penetrated its opponents. By losing its opponents it is losing part of its identity. A victory? A crisis? Or both? At any rate: nothing to complain about, on the contrary»⁵⁸.

⁵⁶ Según Wehler, la «nueva historia global» es la «la variedad metodológica y teóricamente más prometedora de una ciencia histórica innovadora». Cfr. Hans-Ulrich WEHLER: «Globalgeschichte ante portas. Neue Herausforderungen für die Sozialgeschichte», en Pascal MAEDER, Barbara LÜTHI y Thomas MERGEL (eds.): *Wozu noch Sozialgeschichte? Eine Disziplin im Umbruch*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2012, pp. 187-194 (la cita en p. 188, traducción mía).

⁵⁷ «El pleito entre la historia cultural y social es sobre todo un pleito entre bielefeldianos y ex bielefeldianos». Lars DEILE: «Die Sozialgeschichte...», p. 24.

⁵⁸ Jürgen KOCKA: «Losses, Gains and Opportunities: Social History Today», *Journal of Social History*, 37 (2003), pp. 21-28, esp. p. 26. Una tesis parecida en Lutz RAPHAEL: *Bielefeld School...*, p. 557: «In 2013, the Bielefeld School seems to be more a phenomenon to the past than to the present [...]. But the intellectual heritage of their program and the many lasting results of their research activities still inform many fields of German modern and contemporary historiography».